

Javier Rondón

Pasodoble del Príncipe Ajeno



JAVIER RONDÓN

(Valera, 1959 - Maracaibo, 2021)

Narrador, dramaturgo, director teatral y ceramista. Su obra plástica aparece reseñada en libros de Educación Artística para la enseñanza media. Fue presidente-fundador del Centro de Producción Escénica “Actores de la Ciudad” y de la Compañía “Commedia del Lago”. Se ha desempeñado como docente en la Escuela de Artes Escénicas y Audiovisuales de la Facultad Experimental de Arte de la Universidad del Zulia, en la Universidad Católica Cecilio Acosta y en diversos centros de enseñanza de las artes. Es autor e ilustrador de conocidos libros para niños, entre ellos *El sapo distraído*, publicado por EKARÉ y reeditado numerosas veces. Este libro fue seleccionado entre los 10 mejores libros para niños publicados en español en 1989. Traducido al inglés con el título *The Absent-Minded Toad*; fue utilizado en los EEUU en los programas oficiales de educación, tanto en inglés como en español; ha sido publicado en diversos formatos por prestigiosas editoriales norteamericanas, colombianas, españolas, mexicanas y venezolanas. Es coautor, junto con Enrique Romero, del Himno de la ciudad de Maracaibo.

Fue director de la Escuela de Teatro Inés Laredo. Ha dirigido numerosos espectáculos, algunos de ellos en coproducción con la Compañía (hoy Centro) Nacional de Teatro, tales como “Así que pasen cinco años” (2003), “Noche de Reyes” (2005), “Día de Actores” (2006), “El médico de los muertos” (2008) y “Bifronte” (2012). Ha recibido premios y reconocimientos a su trayectoria, entre ellos el Premio Aura Morán como mejor director (Universidad del Zulia, Teatro Estable de LUZ), Condecoración Armando Reverón, en dos ocasiones (Secretaría de Cultura Zulia), Orden al Mérito Artístico Francisco Hung (Universidad del Zulia), Premio Regional de Teatro (Gobernación del Estado Zulia), Orden Rafael María Baralt a las Artes Escénicas (Fundación Teatro Baralt).

Obra publicada: **Juguemos con la sombra** (Biblioteca de Trabajo Venezolana, 1983); **Esa eterna fantasía de volar** (Biblioteca de Trabajo Venezolana, 1984); **Historia de una hoja de papel** (Biblioteca de Trabajo Venezolana, 1985); **El sapo distraído** (Ediciones Ekaré y otras, 1988); **The Absent-Minded Toad** (McGraw-Hill y otras, 1990), **La campana y el yelmo** (novela juvenil, Angria Ediciones, 1997); **Kaarrai el alcaraván** (ilustrador; Tinta, Papel y Vida, 1998); **Plátano Bombón** (dramaturgia; Ediciones del Movimiento Poético de Maracaibo, 2015. Sultana del Lago Editores, 2021)

Pasodoble del Príncipe Ajeno

Javier Rondón

Herederos de Javier Rondón
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2023.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798851381737
Depósito Legal: ZU2023000202

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Ilustración de la portada:
Javier Rondón

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Para Enrique

*No hablaron una palabra
el anfitrión, el huésped
y el blanco crisantemo.*

BASHO

DRAMATIS PERSONÆ:

EDUARDO ARMERÁ: *cuarentón. Viste pantalón y camisa blancos. Descalzo.*

ALBERTO SANSEBASTIÁN: *en los treinta o cerca. Tiene unas alas tatnadas en la espalda.*

DAMA: *una mujer de edad indefinible. Cambia continuamente de atuendo.*

RICKY: *amigo de Eduardo y de Alberto. Abogado.*

Voces de una QUIROMÁNTICA, MADRINA ROSA, TÍA BLANCA, MERCEDES, SEÑORA ADELA, SEÑORA OLGA, GISELA y MARIANITA.

I. DUERMEVELA

1

¿QUÉ VAIS A HACER SI EDUARDO NO MEJORA?

—Ya está mejorando. Tiene mejor semblante.

—Princesa, con todos esos tubos yo no le vi el semblante.

—No me hables en femenino, Ricky. No me gusta.

—Está bien, campeón, pero oíme: si Eduardo sale de esta, me lo llevo de la clínica a la notaría pa' que ponga todo a tu nombre. Todo. Si se llega a morir ahora, su familia te va a dejar en la calle. Muy locas, muy locas ustedes dos, que nunca me hicieron caso.

Pausa.

—No lo han llamado siquiera.

—Ni lo van a llamar. Esos se comunican directamente con el médico y le preguntan lo que quieren saber. Mala señal si aparecen. Cuando les dé el olor a muerto ahí sí van a caer en masa.

—No ha venido ni su sobrino.

—Bah, pues...

—Siempre pensamos en la cremación; queríamos que, al final, alguien mezclara nuestras cenizas. Pero yo sé que ellos no lo permitirán. Ay, no sé por qué digo estas cosas. Mejor me ocupo de hacer maletas y llamar a la agencia de viajes. Cuando Eduardo se recupere nos iremos a España, y allí...

Pausa.

—Princesa, campeón, no te pongáis así...

—Eduardo mejora ¿verdad? Yo le veo mejor semblante

2

ALBERTO: Eduardo, sal de esto, Eduardo, sal de esto, salgamos de esto y luego nos vamos a Madrid y nos casamos allá. Me pone nervioso tu hermana, puedo sentir el odio en su mirada torva. Desde que enfermaste tu sobrino Eduardo Emilio no ha venido, no ha llamado ni ha preguntado por ti. Todo lo que hay aquí lo hemos hecho juntos, y si te vas lo voy a perder todo Eduardo Eduardo, pareja, casa, muebles, heredaré la nada y el vacío... No dejes que disgreguen nuestros cuadros, Eduardo Eduardo Eduardo, no permitas que rematen nuestros libros, que no rayen los muebles, que no caguen en tu *fanteuil*... Resiste, Eduardo, resiste, prometiste resistir. Recemos

ALBERTO se arrodilla en prosenio y recita el poema El amante espera de Luis Cernuda:

*«Y cuánto te importuno,
Señor, rogándote me vuelvas
lo perdido, ya otras veces perdido
y por ti recobrado para mí, que parece
imposible guardarlo*

*Nuevamente
llamo a tu compasión, pues es la sola
cosa que quiero bien, y tú la sola
ayuda con que cuento»*

(...)

*«Por eso insisto aún, Señor, por eso vengo
de nuevo a ti, temiendo y aún seguro
de que si soy blasfemo me perdonen:
devuélveme, Señor, lo que he perdido,
el solo ser por quien vivir deseo» **

**LUIS CERNUDA: El amante espera*

3

EDUARDO (*recita bajo una luz cenital*):

EXISTEN OTROS BARRIOS COLMADOS DE OTRA GENTE
donde recalarán los libros los cajones
proximidades nuevas
vecindades inéditas
la divina comedia al lado de lezama
el libro de san cono junto a la enciclopedia
echaremos de menos lo que ya abandonamos
dejemos monteclaro
partamos hacia el este a salto de veleta

sobre estos azules tener otros azules
desde un incierto oeste tener otros oeste

4

ENTRA EL DOCTOR, TODOS CALLAMOS *silencio*
lo toca no dice nada no expresa nada *avemaría padre-*
nuestro salve lo palpa lo ausculta avemaría padrenues-
tro dexametazona las clínicas no tienen medicinas
no entiendo no entiendo se agradece a los familiares
guardar silencio los médicos son así no quieren que uno
los descifre por eso escriben esos garabatos lo van a pasar
a la uci si quieres te vas yo me quedo hasta mañana
¿dónde podré yo guardar el silencio que se me viene
encima? epamin nadie tiene medicinas en
las farmacias solo venden cocacola y doritos le pagaré al
taxista con la plata de los medicamentos que no se consigan

5

LAS MANOS DE LOS MARICOS SIEMPRE SON SUAVECITAS,
CUIDADAS Y HÚMEDAS, YO LAS RECONOZCO APENAS LAS
VEO, QUÉ ASCO, PREFIERO LEER LAS CARTAS

Aquí te sale un hombre profesional, guapo ¿amigo
tuyo? *el marido. Hay cama, hospital, sufrimiento* Mijo,
esto que yo veo aquí es como una despedida *el carajo
se va a morir pronto, prepárate* Pero no te alarméis mi
amor, esta carta no siempre significa muerte, cuidá
tus ahorros, guardá plata, eso no me sale en las cartas,
eso se los digo a todos los que me consultan *este país
se va a la mierda, guarden reales pa' que me paguen, aunque
lo que viene no es difícil de adivinar* ¿Qué más queréis
saber? ¿trabajo, amigos? Ve, esta carta habla de una
vida larga...

Pero este viene por otra cosa Ajá, decime, qué más
puedo hacer por vos *yo sabía* A ver, mi amor,
explicame eso bien: ¿está en cuidados intensivos? ¿Y
de qué está enfermo? ¿No es contagioso? *si me lle-
váis y me traéis y me pagáis* bien le leo hasta la planta *del
pie* Bueno ajá yo voy y le miro la mano pero ¿él no
está consciente? Ay, yo no sé si se la podré leer así *es
como si lo estuviera robando o revisándole el cuarto*

*me pongo unos guantes y también una mascarilla
no le voy a tocar las manos qué asco qué miedo*

*una mano silenciosa a lo mejor es porque no lo estoy
tocando no hay contacto ¿me quito los guantes y toco esa
mano blanda y exangüe? no veo nada, no sabe que lo
estoy leyendo y no me ayuda que le pregunten el
futuro al médico la línea de la vida es solo
una arruga sobre la piel callada de una mano ausente*

6

ALBERTO: prometimos no morir en maracaibo
prometiste resistir
prometieron que tendríamos derechos
prometimos juntar el polvo que seremos

prometo que lucharé por ti aunque te hayas ido

7

EN EL PATIO DE LOS HELECHOS, TÍAS Y SOBRINAS AGITAN SUS ABANICOS DE ENCAJE MIENTRAS ESPERAN LOS BIZCOCHOS Y EL CAFÉ NEGRO QUE PREPARA LA SEÑORA OLGA

TÍA BLANCA: A Marianita hay que enseñarle a hacer conservitas, paledonias, dulcitos de plato y esas cosas. A punta de sonatas no va a amarrar marido.

MERCEDES: ¡Tía Blanca, esa niña apenas tiene once años! Ya mucha responsabilidad es estudiar piano, además de la escuela. Ni tiempo tiene de jugar con muñecas ¡y ya usted le quiere buscar marido!

GISELA: Bueno, a mí el muchacho me parece lindo, y es de buena familia. Nada malo tiene que Marianita le ofrezca unos dulces hechos por ella, pa' que se los vaya comiendo mientras escucha el piano...

MERCEDES: ¡Ahí está la otra *metía*!

OLGA: ¿No han visto al muchachito ese, el ahijado de Rosa, el blanquito? A mí me gusta él pa' mi hija. Los dos hacen una bonita pareja. Hay que mejorar la raza...

MERCEDES (*aparte*): ¡Ahora sí se jodió la muchachita!

8

ES UNA TARDE CON VIENTO PERO CON CALOR

Entro, abro las ventanas, me desnudo. Revisión total del estudio de Eduardo y secuestro de documentos (por enfática recomendación de Ricky). A medianoche todo listo: gavetas revisadas y vaciadas, excepto la última. Algo la tranca por debajo. Levanto el archivero... Sorpresa: una caja metálica gris; candado con clave de cuatro dígitos. Una caja desconocida, contenido desconocido, nunca la vi ni oí hablar de ella.

Probemos.

Los primeros cuatro números de su cédula. Nada.

Los últimos cuatro números de su cédula. Nada.

La cédula de la madre.

Fechas de nacimiento...

Licencia + pasaporte; números de teléfono...

Al derecho. Al revés...

Nada.

Su edad. Mi edad. Su año de nacimiento. El mío...

En orden inverso...

Nada.

1234... 1289... 4321...

Nada. Nada. Nada...

11 de marzo: 1103

4 de mayo: 0405...

Nada.

¿Cuándo nos conocimos?

7 de octubre= 0710...

Bingo

9

DUERMEVELA

Interior-noche.

Se iluminan EDUARDO, *en su silla y bajo su cenital, y* ALBERTO, *dormido a su lado.*

EDUARDO: ¿Dónde estabas?

ALBERTO: Salí a caminar un rato. La luna se ve siempre tan bonita en el cielo de enero.

EDUARDO: ¿Y yo, dónde estaba?

ALBERTO: Estabas aquí, en tu cama de hospital, con la enfermera.

EDUARDO: No. Quiero decir ¿dónde estaba yo *dentro de ti*? ¿Dónde me tenías? ¿Dónde estaba mi recuerdo, el recuerdo que tú tienes de mí, mientras caminabas por ahí en la noche?

ALBERTO: Ah. Estabas en el lugar de siempre, en el mismo sitio: en ese territorio metafísico que se encuentra entre los confines de la galaxia y la boca del estómago. *Silencio.*

EDUARDO: Quisiera que camináramos juntos otra vez por 5 de Julio, pero ya no es posible. Me voy. No estaré cuando despiertes. *(Se levanta de su asiento y se inclina sobre ALBERTO. Lo besa).* Nunca hubo alborada más hermosa que amanecer en tus brazos. Ojalá te lo hubiera dicho cuando vivía

10

ALBERTO SANSEBASTIÁN

tiene el amargo pesar de invitarle a la

MISA

por el descanso eterno del

DR. EDUARDO ARMERÁ

Q.E.P.D

que será celebrada el 3 de febrero a las 5 y 30 p.m. en la

IGLESIA SAN JOSÉ

Av. 5 de Julio a una cuadra de Las Delicias

en Maracaibo

II. DESPERTAR

11

ALBERTO: Recoger, organizar todo, guardar papeles, cartas, escritos, archivos digitales, tarjetas, documentos. Encuentro viejos cuadernos con poemas tuyos de cuando nos conocimos e historias que nunca me leíste; también anotaciones, recortes, narraciones y malas poesías mías...

Puedo ver que las líneas que escribí en esos días no son gran cosa, pero algunas de ellas me enseñaron a expresarme, a transmutar emociones, a buscar el oro del verso, la prístina y evasiva alquimia de la poesía. Escribir me ayudó entonces a liberarme del mordisco del miedo.

Ahora ya no estás, el miedo ha vuelto, y las palabras que escribimos y olvidamos vienen a acompañarme en el duelo

12

UN POEMA DE KAVAFIS

*«La consumación de su placer ilícito
tuvo lugar. Se levantaron del lecho,
y se visten rápidamente, sin hablar.
Salen separados, ocultamente de la casa; y mientras
caminan con cierta inquietud por la calle, parece
como si sospecharan que algo en ellos traiciona
a qué clase de lecho cayeron hace poco.
Cuánto ganó empero la vida del artista.
Mañana, pasado mañana, o después de años han de escribirse
los vigorosos versos cuyo comienzo aquí estuvo»*

CONSTANTINO KAVAFIS: *Su Origen*

DOS PAPELES ARRUGADOS

¿Cuándo podemos hablar? Yo sé que usted se ha dado cuenta de las especiales vibraciones que hay en nuestros acentos, no es verdad? Profe, permítame decirle, usted es una presencia constante en mis sueños. Usted me enseña con sus palabras y sus gestos con sus acciones. Usted me enseña a amar a los demás y a amar a las cosas que están unidas a nosotros, a amar el mundo en su totalidad, en plenitud. Esa energía que entra en mí y que me impulsa a seguir adelante. Y después de eso, me siento bien.

Quendo muchacho me has leede muy hondo
Eres cruel tal vez porque no sabes lo facil que es enamorarse de ti,
y lo espantoso que es la vida cuando uno se enamora
y no puede ya hacer locuras. Tu tambien me entiendes

14

PRIMER POEMA

ALBERTO, desnudo delante del sofá, revisa el legajo: organiza los papeles, coteja y junta, separa algunas hojas. Lo ilumina la pantalla de una computadora que utiliza cada tanto. EDUARDO, bajo una luz cenital, da voz a la lectura de ALBERTO. Detrás del sofá o sentada en su espalda, una DAMA los observa con atención, mientras el muchacho ignora la presencia de ambos. Esta DAMA viste elegantes trajes de tonos grises, blancos o negros que cambia constantemente y que parecen tomados del guardarropa de Marlene Dietrich.

ALBERTO/EDUARDO:

Es preciso evitar
que el amor lo ahogue a uno
Es preciso
que se disuelva este atasco de garganta
que el macerado goce que me preña
devenga canción para musitar en la plaza
O que se convierta
en este
tonto
y preciso
PRIMER POEMA
para ti

15

EDUARDO: Te escribo estas líneas porque necesito decirme algo: somos literatura, somos personajes de los libros que hemos leído, somos los versos que hemos escrito...

ALBERTO: Leo estas historias que no me contaste, y recuerdo a algunos muchachos que amé y olvidé.

Acabo de releer aquel párrafo de Macedonio Fernández donde dice que estar enamorado es el único estado de santidad que nos es posible, y creo que es así, y que el amor nos bendice.

Súbito como el rayo, irrumpe este verso en mi mente:

"Somos nada y ceniza"

No sé si la frase es mía, o si mi mala memoria la robó y ahora me la atribuye. No sé si la habrán puesto en mi cabeza esos mis pobres amantes olvidados

16

PRIMER DIÁLOGO DE ALBERTO Y LA DAMA

—¡Eh... quié...! ¿Qué hace, quién es...?— balbucea Alberto desconcertado mientras trata de cubrirse con papeles y cartas.

—Sigue leyendo— responde la elegante señora. —No te preocupes por mí. Te diré algo para tu tranquilidad: yo no existo.

—¿Qué dice?

—Lo que escuchaste: *yo no existo*—. La dama enfatiza su declaración con un mohín robado a Bette Davis.

—Estás cansado, desesperado; yo soy un producto de tu agotamiento. Soy una visión, no estoy aquí... Sigue leyendo. Ah, y por favor —agregó— pronuncia *todas las* sílabas, incluyendo las finales.

El aturdido muchacho tarda unos prolongadísimos segundos en encontrar una respuesta:

—Perdone, distinguida señora, que la haya creado en este momento tan inoportuno. ¿No podría usted desaparecer, por favor? Cualquier otra tarde estoy a su orden.

—No, amigo, ya te dije que no te preocuparas. Continúa leyendo: encuentro esos textos muy interesantes. Además, soy perfectamente discreta: lo puedes notar en la sobriedad de mi atuendo.

—Apelo entonces a su elegante discreción— añadió el joven, un poco envalentonado. —Le ruego que se retire. Son cartas personales, quisiera leerlas en soledad.

—Es muy curioso: tratas de cubrirte con unos papeles que te desnudan. Está bien, me iré.

La dama se levanta de un salto, dispuesta a salir. En un intento de dulcificar el áspero fin de la charla, Alberto dice:

—Por alguna razón, usted me resulta familiar...

—¡Qué bien que al fin lo hayas notado!— teatral semigi-
ro del torso y sutil inclinación de la cabeza. —
Te lo explicaré en otra oportunidad; es que me acaban de echar de aquí... Adiós.

La DAMA se va hacia la derecha y habla directamente al lector:

DAMA: Eduardo decía que Maracaibo siempre ha sido muy rara, que no hay dos personas que la cuenten igual. “Es que esta ciudad es dos ciudades, tiene una naturaleza pisciana”, replicaba Alberto. O geminiana, decía Eduardo. No, pisciana, insistía el joven dramaturgo: sus dos caras no se miran entre sí. Una ciudad bifronte.

Es verdad, convino al fin Eduardo.

Para Alberto existen dos maracaibos. Una es la ciudad luminosa y chillona que brilla con estridencias embutidas en el asfalto, donde los brocales fríen escupitajos a mediodía. Hay una zona en el mercado del centro que Ricky y él llaman *Radio Vergación*: todo allí es ruidoso, la gente, el tráfico, todos gritan a la vez, y el que se aventure por ese lugar debe hacer lo mismo; no hacerlo es extraño (y poco recomendable). Los contrastes allí son feroces, y no son comunes las medias tintas.

Es probable, piensa Alberto, que sea esta la ciudad que narra el Chino Hung con sus estallidos de color, y es sin duda el viaje que sueñan los niños que pinta Ángel Peña. Es el pueblo que no se cansa de contar

Edgar Queipo; es tema y razón de vida de poetas jodedores. Los personajes de esta urbe sueñan cuadros de Juan Mendoza, y gritan su fe en el santuario donde convergen todos los estilos.

Hay de esta ciudad una chocante, horrenda máscara cuyo “color local” roza la fosforescencia; una máscara hecha para complacer forasteros, una careta de orgullo fanfarrón que algunos lugareños han franquiciado: una ruidosa carcajada que no logra acallar el autodesprecio.

Pero Alberto habla con obsesión de otra ciudad escondida que alienta tras los encajes de hilo: es la que habitan los personajes de Enrique Romero, sus *Mujeres en Maracaibo*; donde viven o vivieron los personajes reales que lo inspiraron. Allí hay silencio, secreto, vida espiritual, diáfana poesía, discos y libros de gran exquisitez; hay sobria arquitectura, modesto refinamiento, holgura sin arrogancia. Se anuncia con suma discreción en las calles, como el dragón que pocos han advertido en la caliente y concurrida Plaza Baralt. Es la Maracaibo que guarda raros incunables, un retrato al óleo de María Estuardo —para el cual posó María Estuardo. En su cielo vuelan las formas elegantes de Lía; una bella y contundente danza de Silvia Martínez nos lleva a la mesa, servida con manteles de Hernán Alvarado y flores de Bellowín; abundan allí las cerámicas de Adolfo Morales con su esmalte de sombras, en corredores iluminados por tintas y dibujos con alma de grabado de Pacheco “*Pandereta*”, el mejor artista vivo de la ciudad

17

ALBERTO: Encontré esta anotación (¿proyecto narrativo? ¿cuento breve?) en una agenda tuya:

“Escribo una carta bella y desesperada, buscando a alguien que emigró. La carta dice cosas como “¿Dónde estás?” “Deseo encontrarte...”, etc. Recibo en respuesta una breve esquela: ‘No estoy. He muerto’ ”

Lo curioso, Eduardo, es que lo escribiste en el día y mes de tu muerte, el año pasado. Tal como García Lorca en *Así que pasen cinco años*. Rafael Alberti nos hizo notar que en esa obra, escrita en 1931, hay un presagio de la guerra civil española y de la propia muerte del autor:

AMIGO 2 — Atrás se queda todo quieto. ¿Cómo es posible que no lo sepa usted? No hay más que ir despertando suavemente las cosas. En cambio, dentro de cuatro o cinco años existe un pozo en el que caeremos todos.

(F. GARCÍA LORCA. *Así que `pasen cinco años*. Acto I)

18

UNA TARDE EN EL PASEO DEL LAGO

Al Príncipe Ajeno

a lo lejos
los muchachos juegan sin ruido
la distancia enmudece los balones

más allá
entretejido en un horizonte de ramas
el ancho azul inexorable

la harmónica triste de muddy waters
compone la voz del viento
en el encaje de los cujies

son solo formas nuevas
frescas, vespertinas
de seguir pensando en ti

ÁNGEL ZAMURO

La DAMA está en el sofá, cómodamente tendida, revisando papeles del legajo. Encuentra algo interesante, y comienza a leerlo con vivo interés. Apenas un párrafo después, escucha que llega ALBERTO; entonces se dispone a ocultarse, pero antes arregla la escena, disponiendo el documento de tal modo que ALBERTO lo descubra y lo lea.

ALBERTO (advierte el documento y lee en voz alta. La DAMA escucha con divertida atención):

Con David siempre era así: había que ir adonde él decía.

David era flaco y pálido, siempre sudoroso. Tendría unos doce años pero ya se las daba de capataz. Aunque era desaliñado como buen muchacho de campo, bajo su ropa floja se advertía un cuerpo enjuto de formas precisas. Vicentico, de siete años, era moreno y menudito, siempre vestido con camisas de muchacho grande (años después, supe que ese niño era mi hermano de parte de padre). Yo, el forastero, el niño-ciudad, diez años, ignorante del campo, iba todo en azules y blancos.

David trajo consigo una escopeta que previamente había escondido detrás del potrero. Yo pensé devolverme porque aquello me dio miedo, pero no quise regresar solo así que seguí adelante.

Nos adentramos en el vasto paisaje llano donde pacía el ganado, saltamos el alambre de los estantillos y llegamos a un lugar donde se amontonaban unas enor-

mes piedras blancas, a la sombra de una acacia. David, consciente de nuestra atenta mirada, sacó la escopeta alardeando, calibrando la mira, apuntando a la nada.

—¿Y usted dónde tenía escondida esa vaina?

Un disparo nos habría asustado menos. Darío se adelantó hasta donde estaba David y le quitó el arma.

—Yo sabía que tenía que ser David. ¡Ah, carajito, cómo te gusta presumir cuando viene gente de Maracaibo!

Darío era el peón más joven de la hacienda. Andaba siempre sonriente y descamisado, con la sucia franela colgando en su hombro o atada a su cintura. Tendría unos diecinueve años y una piel tostada y tensa. Sin saber por qué, su cercanía me turbaba. Era más cómodo verlo a la distancia desde la ventana del cuarto de arriba; yo lo hacía en las tardes durante horas, cuando todos en la casa hacían la siesta.

—Bueno, muchachos, me la llevo, no se las puedo dejar. Me tengo que meter p'allá pa'l monte, y ahí sí hace falta esta bicha. Pero vamos a dispararle a algo pa' que no se queden con las ganas.

Darío se subió a la piedra más alta, se plantó firme y apuntó a un grupo de zamuros que daban rondas en el cielo. Una de las aves se separó del grupo y se puso a tiro. Darío disparó y el ave negra se precipitó en línea vertical y cayó a unos diez metros de nosotros.

—Anda a buscar el zamuro ese y lo traéis p'acá.

David obedeció y regresó de inmediato arrastrando el zamuro muerto. Todos bajamos a verlo.

—Qué bicho tan feo— dijo Vicentico.

David se desnudó y se subió con el zamuro a la piedra más alta. Allá lo levantó delante de sí, sujetándolo por las alas. El simétrico abanico de plumas lustrosas que se curvaba hacia arriba, la cabeza del animal que caía pesadamente hacia abajo sobre el feo cuero gris del cuello, la mancha de sangre en el plumaje negro del pecho: era la crucifixión de un ave negra, un macabro estandarte del Bien, del Mal, que con inocencia portaba un muchacho rebosante de vida.

Todos reían, pero yo no podía salir de mi mudo estupor y me eché un poco para atrás.

Desde el nuevo ángulo, niño y zamuro se fundieron en una nueva estampa más perturbadora aún que la anterior: el cuello y la cabeza colgante del pájaro (de cuyo pico caía ahora un hilillo sanguinolento) se convirtieron en el dantesco miembro viril de un oscuro ángel adolescente, sacrílego y hermoso.

Creo que Darío había estado observándome; me miraba ahora con extrañeza. Allá arriba, sobre las piedras blancas, David arrojó el zamuro a un lado, se vistió y todos emprendimos el regreso.

Los muchachos se pegaron a la carrera, y Darío decidió acompañarme. Caminamos juntos, lentamente, mientras su mano hermosa y fuerte reposaba sobre mi hombro.

20

ALLÍ ESTABA OTRA VEZ CON LOS OJOS LLUVIOSOS
con la mano dislocada y con un solo brazo
el otro quedó entretejido en su cuerpo
cuando por mala maniobra
me precipité hacia el abismo

Entonces regresé
aún resonaba en mi nuca
el fragor de su oscuro laberinto mineral

Algo aquí dentro se rompió
por eso regresaba

amar es insistencia
volar es repetir un gesto

como escribir un mantra
en los altos del vacío

21

ALBERTO: (*a la DAMA*): Esa noche Eduardo estaba intranquilo. Se calmó un rato cuando le tomé la mano, pero se volvió a agitar al poco tiempo. Finalmente, me puse a leerle a Kavafis y a San Juan de la Cruz, y se durmió. Ahora, en esta soledad en que me ha dejado, el cántico se repite en una noria dentro de mi cabeza, mientras su recuerdo alumbra mi desvelo.

*«¿Adónde te escondiste, Amado,
Y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste habiéndome herido,
Salí tras ti clamando y eras ido.*

*Pastores, los que fuerdes
Allá por las majadas al otero
Si por ventura vierdes
Aquel que yo más quiero
Decidle que adolezco, peno y muero.*

*Buscando mis amores
Iré por esos montes y riberas
Ni cogeré las flores
Ni temeré las fieras
Y pasaré los fuertes y fronteras*

*¡Oh, bosques y espesuras
Plantados por la mano del Amado!
Oh, prado de verduras*

*De flores esmaltado,
Decid si por vosotros ha pasado...» **

SAN JUAN DE LA CRUZ: *Cántico Espiritual

22

MARIANITA, AL REGRESO DE LA ESCUELA, PASA POR LA QUINCALLERÍA Y SALUDA A LA SEÑORA ADELA

—¿Y qué va a hacer con ese papel de seda, Marianita?— pregunta la señora Adela, dueña de la canastilla, devota seguidora de la carrera pianística de la pequeña.

—Unas flores para poner en las paredes de la sala.

—¿Qué ganan con tapar los desconchados del friso con flores de papel? Dígale a su madre que compre cemento y cal. Usted ocúpese del piano y déjese de perder el tiempo en tochadas.

—Es que mamá convidó a unas personas para que me oigan tocar.

—Dígame ese disparate. Usted de tarde tiene que practicar, no dar conciertos. Un ensayo no es evento social. El sábado paso por allá pa' hablar con la comadre Olga.

23

ESCRITO EN EL REVÉS DE UNA HOJA DE CALENDARIO CORRESPONDIENTE AL 4 DE MAYO

La Luna se guarece
en tu lecho amoroso
cuando amanece

(...)

Y si estuviera herido
me refugiara
en tu pecho florido

24

ALGO SOBREVIVE DE AQUELLA ANTIGUA GESTA
dos bravos guerreros
marchan juntos hacia otra batalla
donde los escudos no serán necesarios
Algo sobrevive de aquel antiguo gesto
cuando tú, tierno, desnudas mi pie
y juntos caminamos hacia el lecho
con las espadas enhiestas

25

SERVILLETA

llámame

invítame a regresar a tu cama

no te será difícil ubicarme:

hasta ese momento estaré en el infierno

26

SUMMERTIME

cuando ella cantaba summertime
yo no andaba aún por estos predios
todavía mi cabeza no se había abrasado
con el sol de las mañanas con los soles de la tarde

afuera
en patios de corazones sin perfume
las laras susurran la salmodia del ocaso

ella musita y nina pregunta
sofocada y jadeante
how it feels to be free
el piano asesta duros golpes a la sombra
más duros que la bofetada del silencio

yo también
en la cien veces celebrada noche de montreux
me pregunté lo mismo
jadeando como ella
rugiendo como nina

III. VIGILIA

SEGUNDO DIÁLOGO

ALBERTO y la DAMA juegan en un tablero. Ella arroja los dados mientras él la mira fijamente, sin prestar atención. La DAMA, por el contrario, está concentrada en el juego: mueve su ficha visiblemente satisfecha, y entrega los dados a ALBERTO.

DAMA: Te toca.

ALBERTO continúa mirándola hasta que ella levanta la vista, y repite:

DAMA: Te toca. Mueves tú.

Sin mirar el tablero, manteniendo su mirada impertinente, él barre la mesa con su brazo y arroja al suelo las fichas. Luego tira los dados, mira el resultado, y la conmina:

ALBERTO: Dime quién eres.

DAMA: Soy lo que temes. O lo que deseas. Ahora yo *(toma los dados y los arroja. Lo mira)*. ¿Quién es, o era, el *Príncipe Ajeno*?

ALBERTO: No has debido revisar esos papeles.

DAMA: No pude evitarlo: me aburría. Dime ¿quién era el Príncipe?

ALBERTO: Tira un solo dado. Si sale tres, te lo digo.

DAMA: Eso es, técnicamente, una confesión.

(Silencio)

DAMA: ¡Un dos, qué lástima! Contesta: ¿por qué te tatuaste unas alas en la espalda?

ALBERTO: Por una vez que tuve un amor sin sexo.

DAMA: ¿Ternuras estériles? ¿Caricias infecundas?

ALBERTO: Algo así. Fue justo antes de conocer a Eduardo.

DAMA: Estabas mal. El tatuaje habrá sido, en ese caso, un castigo autoinfligido...

ALBERTO: Quizás sí. Fue una relación muy hermosa aunque difícil. Un muchacho impetuoso y sin embargo triste...

DAMA: Y quisiste recordarlo. Quisiste que tu cuerpo, que no lo conoció, lo recordara.

ALBERTO: Su recuerdo está en un lugar donde no lo puedo ver.

DAMA: ¿Lo dejaste tú o él te dejó?

ALBERTO: Ey, ya basta. Has preguntado mucho con una sola tirada. Dame los dados, es mi turno ahora.

DAMA: Eso es trampa pero está bien. Me gustan los juegos. ¿Qué me vas a preguntar?

ALBERTO: Lo mismo, lo que siempre te pregunto y nunca respondes.

DAMA: Pregunta.

ALBERTO: ¿Quién eres? ¿Eres algo más que una lectora de tarot sobrevestida?

DAMA: No responderé impertinencias. Dame los dados, marica viuda.

(Pausa)

ALBERTO: Ahora dime esto en serio: ¿qué crees que pasará con lo que Eduardo y yo teníamos? ¿Reconocerá su familia que todo esto era de los dos? ¿Crees que pueda demandar, exigir? Su familia nunca se ocupó de él. Puedo citar a muchos testigos...

DAMA: Eso no cuenta.

ALBERTO: Tienes razón. Voy a unirme a los movimientos que luchan por la tolerancia.

DAMA: ¿Es eso lo que quieres, que te *toleren*? ¿Eso es suficiente para ustedes? Dejen de pedir tolerancia: exijan respeto y convivencia. Reclamen sus derechos.

ALBERTO: Otra vez tienes razón.

DAMA: (*Sopla entre sus dedos y arroja un dado*) Ahora mira esto: aquí veo algo... ¿Tú no me estás ocultando nada, verdad?

ALBERTO: ¿Yo? No, nada. ¿Qué podría ocultarte a ti?

DAMA: ¿Estabas ahí cuando se sintió mal? ¿Había alguien más? ¿A qué hora llegó la ambulancia?

ALBERTO: ¿Por qué me preguntas todo eso?

DAMA: Te van a acusar de asesinato.

ALBERTO: ¿Quéééé? ¿A mí?

DAMA: O de negligencia homicida. Su familia. Su hermana despreciable. Está pensando en eso, para amedrentarte...

ALBERTO: ¿Te estás burlando de mí?

DAMA: (*Tira de nuevo los dados*) Pero no prosperará.

Pausa.

ALBERTO: El Príncipe era yo. Él me llamaba así en los primeros poemas. Lo descubrí ahora, cotejando fechas y recuerdos.

28

EN ESOS DÍAS OSCURECE MÁS TEMPRANO
en las tardes sin visitas yo abría los ventanales al ancho lago
y veíamos la luna esa luna siempre otra
tímida, transparente en el cielo de la tarde
que ganaba luz y cuerpo con la entrada de la noche
nos sentamos a ver el atardecer
el cielo que se apaga
el mechurrio
que tiñe y caldea el aire y el agua
 «*La hora en que pugnan noche y día*»*
ese momento es para mí un tormento
enciendo las lámparas cuando su luz es aún innecesaria
para que mis ojos tengan a qué aferrarse
cuando la noche despliegue sus alas

hice café bebimos callamos

aún me abruma el eco del silencio
que arde en la llama distante de aquel ocaso

*W. SHAKESPEARE: *Macbeth*, III, iv

CARTA DE MADRINA ROSA

Querido ahijado: le escribo esta cartica para contarle muy malas noticias: la pobre Marianita ha muerto. Esta desgracia ocurrió el viernes pasado, y por más que lo intentamos no pudimos dar con el paradero de ustedes en Maracaibo en todo el fin de semana ¿Dónde estaban metidos, Dios mío?

Todos por aquí estamos muy impresionados y tristes; la señora Olga está inconsolable, como se imaginará. Qué tristeza ha caído sobre este pueblo, mijo. Que Dios tenga en su gloria a esa pobre niña, tan talentosa, tan bonita, tan hacendosa...

La gente aquí anda diciendo que Marianita murió de amor. En verdad, ella empezó a desmejorar finalizando julio, cuando ustedes se mudaron. Pero yo creo que pudo haber sido una enfermedad que agarró, una de esas cosas raras que dan ahora y matan a la gente en poco tiempo... Estaba un poquito trastornada, pobrecita.

¿Ustedes terminaron? ¿Quedaron como amigos? Si ella se puso triste, se deprimió, usted no tiene la culpa ¿verdad? Usted no le dijo nada feo ni desagradable ¿verdad? Si pasó algo dígamelo a mí, solo a mí, y yo guardaré el secreto.

Ella comenzó a desinteresarse del piano. Le dio por hacer puras flores de papel de seda. A mí me pareció normal: total, era una niña, estaba de vacaciones... Pero la señora Adela, la de la quincalla, se puso a decir que a esa muchachita ya su madre la estaba comprometiendo, que la estaba negociando, que quería que dejara el piano y que aprendiera a planchar y a hacer arepas de trigo y pisca andina para asegurarse un marido.

(...)

La pobre niña murió el viernes; yo pasé por allá el miércoles a comprar dulce de leche y ya la muchachita se veía ojerosa. Temía un berrinche armado porque quería que hubiera flores por todas partes, y entonces le trajeron a un vecino que casi se mata poniendo flores de papel en los abollones de las paredes y en la cañabrava del techo. También pidió que pusieran un mantel blanco, y puso todos los frascos de dulce de la venta sobre la mesa, y en una esquina puso una cuchara, un plato y una escudillita, como si esperara a alguien,

Yo me imagino a quién esperaba, pero ¿cómo iba usted a sentarse en esa mesa si ella ni lo convidó, y ustedes ya vivían en Maracaibo? Puro caldo de cabeza de la pendeja muchacha, q.e.p.d.

Amanecer jueves llovió, y la señora que les trabaja me contó que el mantel quedó perdido, todo manchado con el agua de colores que chorreaba de las flores recién sembradas en la cumbrera.

Algunos creen que a Marianita la mató el mal de amores, pero nadie ha dicho que sea culpa de usted. Lo que pasa es que en estos pueblos el talento y la sensibilidad en exceso provocan suspicacias: a Marianita la aplaudían en los recitales pero la creían un poco loca, y después de todo tal vez hayan tenido razón.

Lo que no le perdonan a usted es que no haya venido al funeral. Nadie se quedó sin llorar en el entierro. Fue una mañana húmeda, con un borrrón de sol en el cielo. Ella quedó igualita, dormidita entre sus flores de papel.

Usted deje pasar un tiempito antes de venir por aquí otra vez, mire que uno no sabe las cosas que le entran en la cabeza a la gente cuando no comprenden los designios de Dios.

*Bueno, mijo, cuídese mucho. No descuide los estudios, que usted siempre ha sido un muchacho fundamentoso. Que Dios y la Virgen me lo bendigan y me lo hagan un hombre de bien.
Lo abraza su madrina*

*Rosa F.
La Grita*

TERCER DIÁLOGO

La DAMA y ALBERTO, después de muchas copas.

ALBERTO: ...¿Y al fin, hija, quién coño eres tú? ¿La Poesía, La Inspiración? ¿La Musa Prepotente? Con ese traje pareces una alegoría de *El Zulia Ilustrado*. ¿O es que eres el recuerdo de mi madre? ¿Eres la esposa que debí tener, la mujer que debí amar? ¿Tú también piensas que me equivoqué al amar hombres?

Ella va tras el biombo.

DAMA: Espera, te voy a ayudar a recordar. Pero si estás impaciente, adivina.

ALBERTO: Eres una mierda.

Sale luciendo un nuevo traje, también elegantísimo.

DAMA: ¿No me recuerdas? Yo vivía en una vitrina cuando tú eras un carajito de mirada curiosa. Te entretenías mirando las vidrieras de 5 de Julio (¿recuerdas? Hubo vidrieras en 5 de Julio)... Te escapabas del transporte escolar para recorrer la avenida viendo los vestidos, los lazos, el brillo de la falsa joyería. Yo te espiaba, te aguardaba siempre en la *boutique* de la esquina de Las Delicias, cambiaba mis atuendos para despistarte y seguir acechándote. A través de tu mirada lánguida de entonces logré colarme dentro de ti, y soy desde ese momento una olvidada imagen de tu infancia: soy este azucarado reflejo en lo profundo de tu mente de mariquita.

ALBERTO: Yo nunca he querido ser mujer, y estoy orgulloso de ser un hombre con aditamentos extra. Tan

observadora tú, tan metida en mi mente, y te vienes a equivocar de manera tan estrepitosa. Eres más estúpida y prejuiciosa que el conserje.

DAMA: Si tú lo dices... Recuerda de dónde provengo.
(*Silencio*)

ALBERTO: Yo miraba los escaparates pero más me atraía el pavimento: la gráfica de los frenazos, las marcas y sellos de las *bocas de visita*, la huella del recorrido, la recia herida del asfalto. Veía raras geografías en las grietas de la acera, en los brocales quebrados: por eso tomé aquel curso de grabado. Yo no te miraba a ti: contemplaba el tránsito feroz en el reflejo de las vitrinas. No era tuyo el destello que me hechizaba.

DAMA: Nunca noté en ti esa mirada de agrimensor.

ALBERTO: Tú solo ves lo que quieres ver.

Ella va de nuevo tras el biombo.

DAMA: Quiero que sepas que siempre he estado muy cómoda en tu mente: es como en un sofisticado taller de costura (*risa malévola*).

ALBERTO: Tú eres solo una parte, y crees que lo eres todo.

DAMA: Calla. Eres una persona anticuada.

ALBERTO: ¿Vistiendo ese traje te atreves a llamarme anticuado?

DAMA: Tú anticuado. Yo clásica.

ALBERTO: Ya sé quién eres: eres una infiltrada. Ocultas tu inseguridad bajo costosos ropajes, pero no vales nada. No te temo ya, deja de criticarme. Ya no quiero saber nada de ti.

La DAMA sale ahora caracterizada de mendiga: el pelo y los

*detalles de la vestimenta están primorosamente cuidados, como una primera actriz que accede a interpretar a una pordiosera. ALBERTO sigue bebiendo, mientras la DAMA se dirige al pros-
cenio, y ofrece a los presentes una esmerada y artificial repre-
sentación de la desdicha. La música y la luz que la acompañan
se van extinguendo*

31

ALBERTO: La familia de Eduardo se apareció en la clínica y se llevaron el cuerpo. No contestan mis llamadas, y nadie sabe dónde será el sepelio. Eduardo Emilio, el sobrino que nos visitaba, el único de su familia que lo hacía, cambió las llaves del apartamento, sacó un par de maletas con lo que él supone que es mi ropa y las dejó en la conserjería. Eso es todo lo que me quedará de nuestra vida juntos, de nuestra comunidad de bienes.

Sospecho que a Eduardo lo van a enterrar en Táchira, y solo asistirá la familia.

Yo quedo aquí sin nada. No tendré ni el desgarrado consuelo de despedirme

32

NIÑO AÚN

me acostaba en el patio de la hacienda
a mirar el cielo a mirar el cielo
y en uno de esos ocasos el arriba y el abajo desapa-
recieron
y sentí la necesidad de agarrarme a un árbol o una
raíz
clavé mis uñas en la tierra
pues en ese momento me di cuenta
nada hay entre las estrellas y nosotros

estuve a punto de caer y estrellarme contra la luna

aún ahora puedo revivir ese vértigo

lo que nos ata a la tierra es solo una circunstancia
cósmica
cualquier día
cualquier astro
puede atraernos con su fuerza colosal
y caeremos hacia el cielo
infinitamente

33

ALBERTO: ¿Me comunicas con el director? Gracias. Epa, Arnaldo ¿cómo anda todo? Qué bueno, me alegro. Te llamaba para pedirte un favor: necesito que me permitas subir al escenario ahora a mediodía: es que quiero visualizar una escena que estoy escribiendo. No importa, yo sé que en la tarde hay un evento pero no voy a molestar, Cabrita me conoce, Iván, todos me conocen, solo necesito mirar algo desde ciertos ángulos sobre el escenario, sin interferir con el montaje. No voy a bajar barras ni nada... Sí, yo solo. Perfecto. Gracias, Arnaldo, es un momentico, cosa de media hora como mucho. Cuando esté lista te la llevo pa que la leamos...

Aquí
hemos librado batallas
y cometido crímenes y visto milagros

a veces soy el timón
entonces ordeno los aparejos
y hago encender las velas

aquí hemos navegado
por climas atmósferas parajes
ínsulas extrañas

hemos temblado en tempestades
ajenas y propias

aquí construimos ciénagas bosques
buhardillas salones

con papel y con cenizas
he hecho cielos para albergar la poesía

aquí cabalgamos los torbellinos
y comemos la dura sal de los umbrales

sobre esta madera el aire es claro
el pensamiento certero y eficiente
el vino no es real y sin embargo achispa

aquí hemos visto enseres
sublimes y exactos en la luz del falso atardecer
mustios y desangelados en la penumbra

también yo me desinflo cuando llega el oscuro

más allá de esta embocadura
todo para mí es confuso
mi escasa lucidez alcanza apenas
para este mudo patio de butacas

ALBERTO: A Eduardo lo van a enterrar en La Grita, junto a su primera novia.

RICKY: ¿Qué novia es esa? ¿Eduardo tuvo una novia?

ALBERTO: Él dice que no fueron nada, que eran amigos. Eran unos niños apenas. La madre de la niña estaba empeñada en casarlos.

RICKY: ¡Mirá a la Eduardo con su pasado *straight*!

ALBERTO: La visitaba, comían dulcitos, la acompañaba en sus ejercicios de piano. Me dijo que un día ella lo encontró besándose con otro muchacho, un compañero del colegio, y se puso a llorar. Eduardo se vino a Maracaibo, y poco después ella se enfermó y murió, algo así fue. **Él decía siempre que no habían sido nada, que eran unos niños** apenas, y que las dos madres estaban ya entonces empeñadas en casarlos.

RICKY: Muñeca, no hay gente más obcecada que una familia cuando quieren taparle la *mariguera* a uno de los suyos.

ALBERTO: En La Grita los dos niños terminaron siendo una especie de pareja trágica municipal. Su madrina siempre le pedía que la visitara, pero a Eduardo lo aterraba la idea de regresar.

RICKY: ¿Y entonces vos creéis que lo van enterrar en la cripta de los Capuleto?

ALBERTO: Por lo que he podido averiguar, su familia salió toda de viaje esta mañana. El cuerpo de Eduardo no está en ninguna funeraria ni sala velatoria de Maracaibo... Y recordé de pronto la historia de Ma-

rianita y se me despejó todo. Sí, yo creo, *yo sé*, que lo van a enterrar allá.

(Silencio)

RICKY: Tiene sentido, sí. En esta ciudad hay gente tan loca que lo descabellado es a veces lo más probable...

35

MUTIS

ALBERTO: ¿Qué hago ahora?

DAMA: Ven conmigo. Sígueme.

ALBERTO: ¿Adónde vamos?

DAMA: Ven. Aquí está Eduardo.

(Pausa)

ALBERTO: ¿Eduardo?

DAMA: Míralo. Allí está. Está esperándote. Ven ¿qué esperas?

ALBERTO: Que me llame.

DAMA: Mira sus ojos: te llaman.

ALBERTO: “¿Adónde te escondiste, Amado/ y me dejaste con gemido? / Como el ciervo huiste habiéndome herido / Salí tras ti clamando y eras ido...”

DAMA: Anda. Síguelo.

(Silencio)

ALBERTO: prometimos resistir
prometimos defender nuestros derechos
prometimos persistir
prometo que lucharé por ti aunque hayas muerto

DAMA: Es él. Ven.

La DAMA sale por el lado izquierdo. ALBERTO la sigue casi hasta desaparecer, pero repentinamente regresa sobre sus pasos.

ALBERTO: «Ni cogeré las flores

Ni temeré las fieras

Y pasaré los fuertes y fronteras»

Sale por la derecha.

Segundos después, la DAMA regresa, cubierta esta vez con una soberbia capa del color del fuego, y va tras los pasos de ALBERTO.

Se oye un murmullo de vainas de lara agitadas por el viento

OSCURO

Contenido

DRAMATIS PERSONÆ:	7
I. Duermevela	9
1	11
2	12
3	14
4	15
5	16
6	18
7	19
8	20
9	21
10	22
II. DESPERTAR	23
11	24
12	25
13	26
14	27
15	28
16	29
17	33
18	34
19	35
20	38
21	39
22	41
23	42
24	43
25	44
26	45
III. VIGILIA	47
27	49
28	52
29	53
30	56
31	59
32	60
33	61
34	63
35	65

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 29 días del mes de junio de 2023, el mismo día pero de 1941 en que murió el pintor zuliano Manuel Puchi Fonseca.